

HOMENAJE AL ACADEMICO NUMERARIO INGENIERO JULIO CARRIZOSA VALENZUELA

El día 24 de mayo de 1974 falleció en esta ciudad el ingeniero Julio Carrizosa Valenzuela, miembro de número de nuestra Academia y ciudadano eminente que ocupó muy altas posiciones en la educación colombiana como Ministro del ramo en el Gobierno Olaya Herrera, Rector de la Universidad Nacional, Decano de su Facultad de Ingeniería y de las Universidades Javeriana y de Santo Tomás y Rector del Gimnasio Moderno. El Ingeniero Carrizosa fue, además, profesor de varias asignaturas del ramo de las estructuras civiles, en el cual dejó escritos textos de

enseñanza y trabajos investigativos, varios de los cuales vieron la luz en esta Revista.

La Academia rindió al consocio desaparecido un sentido homenaje, en sesión especial celebrada el 12 de junio del mismo año de 1974, durante la cual se hicieron oír los representantes de las distintas entidades científicas y académicas a las cuales estuvo vinculado el nombre del Ingeniero Carrizosa. En seguida se insertan algunos de dichos discursos:

PALABRAS DEL INGENIERO ALFREDO D. BATEMAN:

La Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la cual fue individuo fundador y la Sociedad Colombiana de Ingenieros, de la cual fue Presidente, en colaboración con la Universidad Nacional, de la cual fue Rector y Profesor; de la Pontificia Universidad Javeriana, de la cual fue profesor y miembro de su Consejo de Regentes; de la Universidad de Santo Tomás, de cuya Facultad de Ingeniería fue decano y profesor; y de la Sociedad Colombiana de Matemáticas, de la cual fue fundador y Presidente, han querido organizar este acto, solemne dentro de su severidad, para exaltar la memoria de uno de los varones más distinguidos con que la ciencia, la ingeniería y la universidad colombiana se han enorgullecido: JULIO CARRIZOSA VALENZUELA.

Como vocero de las dos entidades primeramente enumeradas, quiero referirme a él como hombre de ciencia y como ingeniero.

Cuando el gobierno del doctor Alfonso López, en el año de 1936, dispuso constituir y organizar la Academia Colombiana de Ciencias, como Correspondiente de la Real del mismo nombre, hizo esmerada selección de quince científicos ilustres que representarían, en grupos de a cinco, las tres grandes secciones en que desde entonces se divide la corporación.

La Sección de Ciencias Exactas fue constituida por Julio Carrizosa Valenzuela, en socio de Jorge Acosta Villaveces, Víctor E. Caro, Darío Roza M. y Rafael Torres Mariño.

¡Feliz escogencia esta! Carrizosa Valenzuela, don Julio como siempre lo llamamos cariñosamen-

te, desde sus días de estudiante tuvo especial predilección por las matemáticas, puras y aplicadas. Cursaba aún los últimos años de su carrera de ingeniero cuando ya ocupaba la cátedra de mecánica y desde entonces, sin interrupción hasta el final de sus días, se dedicó con amor y entusiasmo, a transmitir sus conocimientos en cátedra siempre actualizada, a generaciones de ingenieros que concurren a las aulas a oír de sus labios sabias enseñanzas.

Esta preocupación por las matemáticas se hizo notoria en forma pública por vez primera, cuando en 1924, en la revista "Santafé y Bogotá", de grata memoria por su sabor santafereño, que dirigieron Daniel Samper Ortega y Víctor E. Caro, apareció su estudio sobre "Las Ciencias Exactas en Colombia", tal vez el primer ensayo que en forma global trataba de la Historia de estas ciencias entre nosotros.

Esa misma revista publicó otros ensayos como "La experiencia de Fizeau y la explicación de Garavito".

Dejo de referirme a otros trabajos suyos, que serán tratados con mejor autoridad por oradores que me siguen.

Quiero sí destacar sus escritos de "Crítica al estudio de una posible forma de equilibrio del globo terrestre, del profesor Belisario Ruiz Wilches" y "Las Tablas de la Luna y el sabio colombiano Julio Garavito A.", aparecidos ambos en la Revista de la Academia de Ciencias; el "Informe sobre un nuevo método para determinación de coordenadas geográficas"; y el discurso que sobre

“La influencia del ingeniero en el progreso de la Nación” pronunció en el seno de esta Sociedad, como Rector de la entonces Facultad de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad Nacional, con motivo de la adjudicación del premio Ponce de León, distinción que él también mereció como el mejor alumno que fue de su promoción.

No quiero referirme a todo su ciclo profesional como ingeniero, pues es de todos conocido, y del cual hay constancia en las páginas de “*Anales de Ingeniería*” donde aparecen lucidos informes suyos, tales como “La elección de tubería para el acueducto de Buenaventura”, “Distribución de aguas para la ciudad de Popayán”, “Informe sobre estudios y proyectos presentados a la licitación para la construcción de la planta de filtración de aguas del acueducto de Girardot”, todos los cuales prueban su vasta ilustración y capacidad.

Quiero tan solo hacer mención de tres posiciones que ocupó y en las cuales se destacó.

Fue la primera la Secretaría de Obras Públicas de Bogotá, formando parte del gabinete del Alcalde Luis Augusto Cuervo, administración ésta que por defender los intereses de la ciudad fue motivo de destitución fulminante, en medio de protesta unánime de la ciudadanía, que originó las célebres jornadas del 8 de junio, página gloriosa en la historia de la capital de Colombia. Vuelta la calma, el nuevo Alcalde lo llamó nuevamente a ocupar la Secretaría de Obras Públicas, donde desarrolló importante labor y dio comienzo a un desarrollo técnico y armonioso de esta urbe.

A raíz del 9 de abril, el Gobierno Nacional se preocupó por la reconstrucción de Bogotá, aprovechando el empréstito que se otorgó a Colombia con tal fin, y para ello creó en el Ministerio de Obras Públicas la oficina de reconstrucción, tarea bastante ponderosa. Con singular acierto llamó al doctor Carrizosa para que la dirigiera y él, con gran patriotismo, abandonó sus otros quehaceres para dedicarse con empeño, amor y entusiasmo, a esta labor en beneficio de su ciudad solariega.

Alterando el orden cronológico, quiero referirme en tercer lugar a su actuación como Ministro de Educación Nacional, haciendo resaltar la vasta e interesante labor que desde allí realizó en beneficio del gremio. No es mi ánimo, ni estoy en capacidad de hacerlo, de comentar su fecunda tarea al frente de esta cartera ministerial, a la cual fue llamado por el doctor Enrique Olaya Herrera, dentro del sistema que se llamó de la Concentración Nacional, remoto antecedente del Frente Nacional.

Tuvo el valor civil de poner término a una pseudo escuela de ingeniería, que al lado de una escuela politécnica venía dando ya grados que se querían equiparar a los de la Universidad Nacional, buscando al mismo tiempo soluciones para que los alumnos que cursaban allí sus estudios no sufrieran perjuicio alguno. Esto le valió críticas serias de sus mismos copartidarios, pero la explicación que dio en su Memoria al Congreso, fue tan clara

y tan llena de razones de orden legal y de conveniencia, que una vez conocidas, trocaron las críticas en aplausos.

Restauró el edificio del Observatorio Astronómico, que yacía en olvido desde hacia más de 12 años, cuando a la muerte de Garavito el Gobierno de entonces lo negó a los ingenieros colombianos, con la peregrina idea de que la ciencia era incompatible con el estado laico y ajena a los colombianos. Esta restauración permitió la reanudación de sus labores, al frente de las cuales llamó a Jorge Alvarez Lleras, y puso los cimientos para que esta Academia, desde su fundación, tuviera allí, su sede oficial.

En ese entonces la Sociedad Colombiana de Ingenieros ocupaba dos piezas en la planta baja del Capitolio Nacional, de donde era necesario cambiarse porque así lo exigía el ensanche de las dependencias de la Cámara. Con el beneplácito del entonces Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana de la Lengua, la Sociedad se trasladó al edificio, entonces desocupado, situado en la calle 19 con la carrera 7ª. Esta destinación, corroborada más tarde por la Ley 100 de 1937 y una sentencia de la Corte Suprema de Justicia, llevaron al Gobierno a destinar a la Sociedad una sede digna de ella, y así fue como llegamos a este edificio en que en estos momentos nos reunimos.

Preocupado por el porvenir de la profesión, cuyas necesidades conocía a través de sus posiciones en la Universidad y desde la cátedra, presentó al Congreso un proyecto de acto legislativo, reformativo de la Constitución, que permitiera la reglamentación de la profesión. Este acto legislativo, el número 1 de 1932, hizo viable que se expidiera más tarde la Ley 94 de 1937.

Pocas veces en una labor ministerial se ha trabajado tanto y tan bien en beneficio de la ingeniería colombiana.

Toda esta labor hizo que la Sociedad lo exaltara a su Presidencia y más tarde le otorgara el título de socio honorario y la condecoración “Francisco José de Caldas” y colocara su efigie, aún en vida, en la galería de ingenieros ilustres. Pocos años ha, cuando se creó por ley la Orden al Mérito Julio Garavito A., fue de los primeros a quienes el Gobierno la concedió.

Tal fue, en síntesis, su actuación como científico y como ingeniero. Su recuerdo perdurará en los *Anales* de nuestras corporaciones y de nuestras Universidades, ya que a su ciencia y su saber, unió un exquisito don de gentes y una impecable caballerosidad. Desconoció el egoísmo, se regocijaba con el triunfo de sus amigos y nunca sintió envidia por nadie. Su vida fue la de un profesional discreto y distinguido, cabal en todo momento, pero ante todo fue un profesor. La enseñanza fue su actividad preferida y gozaba pensando que sus ideas iban a perdurar a través de los actos de sus alumnos. Por ello puedo afirmar de nuevo que “fue amigo de sus discípulos y maestro de sus amigos”.

La Universidad Nacional de Colombia me ha otorgado el privilegio de llevar su voz en este solemne acto que se realiza para rendir homenaje al Ingeniero Julio Carrizosa Valenzuela, cuya reciente desaparición llenó de pesar a todos los que tuvimos la suerte de conocerlo, tratarlo y haber admirado su extraordinaria personalidad.

Hoy evocamos su nombre, y simultáneamente con el recuerdo de tan querido Maestro viene a nuestra mente la imagen de la Universidad; de la Universidad en su sentido noble, auténtico, la Universidad formadora de personas.

Cuando ocurre esta conjunción, cuando un nombre nos sugiere algo importante, estamos reconociendo el aporte fundamental, el impacto admirable de la inteligencia y de la acción de esa persona en el campo específico que ilumina.

Como representante de los ex alumnos de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional ante su Consejo Directivo, tomo, además, la voz de los discípulos del Ingeniero Carrizosa Valenzuela para expresar nuestro sentimiento de admiración, gratitud y respeto por quien fue paradigma de profesor.

Un buen profesor debe estar en capacidad de transmitir sus conocimientos en forma clara y completa, debe inducir a sus alumnos al estudio,

a la búsqueda científica. Pero hay un requisito complementario, sin el cual las condiciones anotadas no son suficientes, para que el profesor cumpla a cabalidad con sus funciones y es el ejemplo que debe dar a sus alumnos a través de todos los actos de su vida. La imagen que éstos se forman de la persona que les enseña una ciencia, un arte o una técnica tiene un inmenso poder modelador. La adquisición de conocimientos y de una conciencia cívica constituyen la conveniente estructuración de los ciudadanos. No es suficiente enseñar, es necesario formar.

Julio Carrizosa Valenzuela reunió todas esas cualidades, lo cual explica el afecto que todos sus discípulos tuvimos por él y que hoy se traduce en recuerdo impercedero.

La Universidad Nacional de Colombia y, en particular, su Facultad de Ingeniería tienen deuda de gratitud por quien fue su ilustre guía, tanto en el campo administrativo como en el académico, teórico y experimental: Rector de la Universidad, Rector de la otrora Facultad de Matemáticas e Ingeniería, autor de dos libros de Resistencia de Materiales, en los cuales condensó sus enseñanzas en esta ciencia y fundador del laboratorio de ensayo de materiales.

Bien se procede al exaltar su nombre.

PALABRAS DEL INGENIERO OTTO DE GREIFF:

En esta distribución de honores para exaltar en breves palabras la memoria de Julio Carrizosa Valenzuela me ha cabido a mí el de representar a la Sociedad Colombiana de Matemáticas. Y ello por el hecho de haber estado ambos presentes en el acto de la creación de tal entidad, él como maestro y mentor insuperable en la dura disciplina, y quien hoy lo recuerda a ustedes, como simple soldado del momento. La Sociedad de Matemáticas nació por la urgencia de encauzar esta ciencia de ciencias hacia el doble propósito de dirigirla por el natural camino de ella en el mundo de hoy, cual es el de un enriquecimiento arrollador en sus ramificaciones, que hacen de la matemática (en singular, como hoy acertadamente gusta decirse) un campo vastísimo que pocos abarcan en su integridad; y por otra parte, el de ponerla al servicio, tal vez modesto pero indispensable, de los menesteres prácticos que de ella han de valerse. Y para tal doble fin Julio Carrizosa estaba desde antaño predestinado; pues él fue maestro ejemplar de varias generaciones de futuros ingenieros; su Tratado de Resistencia de Materiales fue buena prueba de cómo él aliaba a los requerimientos prácticos su exigente base matemática. Pero quien pensara entonces que Carrizosa Valenzuela era sólo uno de tantos que se apoyaba en la ciencia (o arte, que así suele designarse hoy) de la matemática como simple auxiliar de un propósito técnico, ignoraba acaso que él era un profundo

investigador de los secretos lógicos de esta disciplina, y de sus entresijos, arcanos para tantas gentes. Baste recordar que a menudo solía citar, como aplicándosela a sí mismo, aquella respuesta que Henri Poincaré dio a uno de sus alumnos, al preguntarle éste para qué servían las funciones elípticas; "Muy bellas son las funciones elípticas —le respondió—, a pesar de que tienen algunas aplicaciones prácticas".

Pero el haberse hallado Julio Carrizosa Valenzuela como protagonista en la creación de la Sociedad Colombiana de Matemáticas es apenas un episodio más en una vida riquísima de contribuciones a la ciencia en general y a la cultura en todo el campo educativo, muy especialmente en el universitario. Habremos de recordar que en días ya muy lejanos hizo parte, como Ministro de Educación, del brillante equipo juvenil que asesoró al Presidente Olaya Herrera en su Gobierno renovador. Quien ahora habla a ustedes se ha visto forzado a recurrir al no siempre grato expediente de la primera persona del singular. Y es porque me veo necesariamente impelido a rememorar una amistad sobremana deferente y gentil como fue la de Julio Carrizosa Valenzuela hacia mí, ya que para mi buena fortuna hubiere de acompañarlo durante no escasos lapsos como sumiso servidor de ese amo, todo gallardía y señorío. Habiendo llegado de mis menesteres profesionales rurales a la Secretaría General de la Universidad Nacional, y el

día está lejano, el doctor Carrizosa, o mejor don Julio, como solía decirsele afectuosamente, hacía parte del primer Consejo Superior de la naciente nueva Universidad. Mi anterior fugaz acercamiento a él se tornó prontamente en desigual amistosa contienda entre el inexperto funcionario que se iniciaba y el diestro servidor que sabía ver y sopesar todos los aspectos de nuestra burocracia con cierto amable desdén escéptico unido a una abnegada voluntad de servicio. Muchas observaciones tuyas me vienen a la memoria, pero bastará recordar un par de ellas. En alguna sesión en que se debatía con obra de argumentos y sutilezas encontrados algún punto universitario de no muy conspicua trascendencia, anotó con su habitual bonhomía disolvente: “—No sé qué nos pasa, al enfrascarnos así en un debate insoluble. En cambio, en la Universidad Javeriana, se reúne el cura, y todo se resuelve de una vez y sin problemas”. En otra oportunidad hube de invocarle cierta antigua disposición ministerial que impedía dar evasión fácil a cualquier problemilla. Y observó: “—¿Pero a qué Ministro de Educación se le ocurriría dictar tan absurda disposición? El caso fue que al volver él mismo la hoja sonrió al leer: ‘Firmado, Julio Carrizosa Valenzuela, Ministro’”.

Al redactar estas líneas pensé que en el momento de leerlas ya Alejandro Sandino habría hecho el justo elogio de Carrizosa Valenzuela como Rector de la vieja Facultad de Ingeniería y como Director del Laboratorio de Resistencia de Materiales, que él creó. Pero acaso me dejó a mí

la grata tarea de recordar cómo en diversas ocasiones ocupó la Rectoría de la Universidad Nacional con sobra de méritos para desempeñarse lujosamente en una tarea que nunca ha sido halagüeña. A un amplio criterio universitario, unió siempre una extraña habilidad para sortear todas las situaciones, sin dejar nunca de rendir tributo a la ética y a la estética.

Al cumplir el grato encargo de recordar a Julio Carrizosa Valenzuela como fundador de la Sociedad Colombiana de Matemáticas, no es posible prescindir de evocar las caras sombras de otros que también pasaron, y que fueron a la vez sus discípulos y sus colaboradores: Leopoldo Guerra Portocarrero y Luis Ignacio Soriano Lleras. Y en cuanto a mí, y por ello doy rendidas excusas, mal podría olvidar cómo Carrizosa Valenzuela puso siempre por encima de las mezquinas triquiñuelas políticas el alto interés de la ciencia y del saber. Ya en sus últimos días hube de acercarme de nuevo a su amistad, en la Universidad de Santo Tomás, donde al recibir de él nuevos favores y nuevas atenciones, le recordé cómo sólo a él debía yo el haber podido pervivir en la Universidad Nacional, como profesor, y para largo rato, pues aún continúo porfiadamente ligado a ella. Pero él ni entonces ni nunca quiso acordarse de ello. Su espíritu, aun antes de dejarnos, trasmigró a sus hijos, que hoy prolongan sus virtudes. Y su memoria será siempre venerada por sus discípulos y por quienes tuvimos el privilegio de acercarnos a tan excelso ejemplar de la especie humana.

PALABRAS DEL PADRE GABRIEL MALDONADO, S. J.:

Con gran complacencia mía me encuentro entre vosotros para contribuir, en nombre de la Pontificia Universidad Javeriana, al justísimo homenaje que ilustres Centros de la Cultura, del saber y del progreso, rinden hoy a la memoria del ingeniero Julio Carrizosa Valenzuela. Vinculado a las Facultades de Ingeniería Civil, Industrial y Arquitectura de la Universidad Javeriana por largos años, el doctor Carrizosa, señera figura del hombre de ciencia y educador sabio y ponderado, apareció en todo momento como varón de consejo, transmisor seguro del saber, persona que ocultaba sus egregias dotes, dentro de una modesta a la par que majestuosa toga de cultivadora sencillez.

Me imagino verlo aún por los alrededores de las Facultades de Ingeniería y Arquitectura, con su reposada serenidad o escucharlo en las sesiones del Consejo donde mezclaba los precisos conceptos científicos o académicos, con chispeantes y sabrosas observaciones que ponían de manifiesto su fecunda imaginación y su sentido bogotano del humor. Admirable su conocimiento de las personas, su ecuanimidad para juzgar de los hombres y de los hechos, que hacían patentes sus cualidades de educador, fogueado en campos variados y difíciles, a lo largo de su vinculación a la educación tanto

privada como pública, su lealtad a las instituciones que se honraban con su ayuda, y su inquebrantable fe cristiana, que bien le hacía comprender que la ciencia descende de aquel Ser a quien la Sagrada Escritura llama “Dios Señor de la Ciencia”. La Universidad Javeriana, concedora de sus méritos, lo llamó a ocupar cargos de responsabilidad como Decano de la Facultad de Ingeniería Civil, en la cual fue Profesor Titular de la cátedra de Resistencia de Materiales, Miembro del Consejo de la misma Facultad y Miembro igualmente, por elección del Consejo Directivo de la Universidad, del Consejo de Regentes de la Javeriana, a quien corresponde según sus Estatutos, “asegurar la autonomía, estabilidad y orientación de la Universidad”. (Estatutos Universidad Javeriana, pág. 12).

Justo reconocimiento a tan amplios méritos, fue la condecoración de la Orden Javeriana que la Universidad tuvo el placer de colocar sobre su noble pecho.

Un profesional como el ingeniero Carrizosa era la persona más cualificada para ayudar a la Universidad Javeriana en la obtención de los objetivos que buscan estos institutos de educación superior, la formación integral del hombre sobre los principios de la moral profesional cristiana, formación

académica sólida, dentro de un sentido de caridad y de justicia social, resuelto pero ordenado, mirando con sabia mentalidad a la persona con sus derechos y deberes y además al bien de la sociedad. Hombre de ciencia, se dedicó a ella con amor, con desvelo, con ansia generosa de comunicarla a las jóvenes generaciones, que por su parte admiraban la frescura de su inteligencia y la diafanidad de sus conocimientos, puestos al día con los adelantos más modernos; la razonable exigencia en sus clases; la consagración, en una palabra, a la docencia que bien comprendió él, es un apostolado.

Cuántas veces en nuestros frecuentes coloquios me manifestó el doctor Carrizosa sus ideas claras, fundamentales y precisas encaminadas al desarrollo de la Facultad; su preocupación por la solución ordenada de los problemas universitarios; su deseo, apoyado en su vasta experiencia, de que nuestras Facultades y la Universidad en general se siguieran esforzando por crear en sus estudiantes la conciencia de que si deseaban servir a la sociedad, como profesionales capacitados y no desperdiciar sus talentos, ni defraudar a sus familias, ni constituirse en rémoras de un país que debe lanzarse con valor hacia vastos horizontes de cultura, debían convencerse de que esos ideales se forjaban en la estudiosidad y el orden. Y el doctor Carrizosa no era esquivo al diálogo y al progreso en sus varios aspectos, sino que exigía que el estudiante se compenetrara con los problemas del país y se mezclara con las empresas a las cuales se ha de vincular más tarde, con toda la ardencia de su generosa juventud. El Sumo Pontífice Pablo VI, en 1968 explicaba el concepto de ciencia como "el uso sistemático y perfeccionado de la inteligencia. Si vosotros, decía el Papa a la Academia Pontificia de las Ciencias, sois en cierto sentido más plenamente hombres que los demás, es en efecto y en primer lugar porque vosotros habéis desarrollado a un alto grado las posibilidades de aquello que es más noble y más semejante a Dios en el hombre: el pensamiento, la capacidad de llegar a

hacerse todas las cosas, ese privilegio único e incomparable de la inteligencia humana, ese poder que posee el ser pensante de conquistar la realidad, de asimilársela, de hacer de ella una verdad que se convierta en su bien particular, quedando en potencia, por su carácter universal, de llegar a ser el bien de todos".

"La inserción del sabio en la tradición científica, es una segunda premisa", añade el Papa. "El sabio recoge, asimila, profundiza y perfecciona todo lo que es de valor en la inmensa herencia del estudio, de reflexión, de aquellos que le han precedido y él utiliza ese patrimonio del saber humano adquirido hasta él, como una base para partir, para lanzarse arduosamente hacia nuevas conquistas en beneficio de su generación y de aquellas que la seguirán". He ahí las "dos premisas sobre las cuales se yergue como sobre un pedestal el grado supremo de la excelencia humana a la cual se eleva el hombre en el ejercicio de la profesión de investigador". (Pablo VI, Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias. Abril 27 de 1968). He ahí, añadimos nosotros, la realización del Profesor Carrizosa.

Los días y las noches han seguido pasando sobre su tumba erigida en monumento al esfuerzo, al sacrificio y a la ciencia. Si en su interior reinan las frías tinieblas, en su exterior se ha elevado un faro protector porque en don Julio se cumplen bellamente las palabras de la Escritura: "Quienes educan a muchos para la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades".

Señoras y señores:

La Academia Colombiana de Ciencias tiene su sede en el Observatorio Astronómico de la capital, desde donde nuestros sabios contemplaron el esquivo chisporrotear de las estrellas. Hoy sus socios, y con ellos la Patria entera, podrán admirar un nuevo astro en las alturas: es la luz de la mente y de la virtud del Profesor Carrizosa, que cruza el espacio, cual cometa vertiginoso, dejando un rastro de luz que no se acaba.